

# CAPITAN FUTURO

MAGO DE LA CIENCIA

15¢



**CAPITAN  
FUTURO  
Y EL  
EMPERADOR  
DEL ESPACIO**

por  
**EDMOND HAMILTON**

Nacido y criado en la Luna, Curt Newton sobrevivió al asesinato de sus padres para convertirse en el protector de la galaxia bajo el nombre de Capitán Futuro. Con sus hombres del futuro (Grag, el robot gigante; Otho, el androide camaleónico, y Simon Wright, el cerebro viviente), patrulla el sistema solar en la nave espacial más veloz jamás construida, el Cometa, para combatir a monstruos humanos y alienígenas que amenacen a la Tierra y sus planetas vecinos.

## CAPÍTULO I

### La Maldición de Júpiter

El hálito extraño y escalofriante de una oscura amenaza, situada a millones de kilómetros de distancia, se dejaba notar en la espaciosa oficina, suavemente iluminada, situada en la mayor de las grandes torres de Nueva York.

El hombre que allí se sentaba, frente a un amplio escritorio de ebonita, estaba preocupado. Mientras observaba el amplio ventanal que mostraba la ciudad a la luz de la luna, casi pudo sentir ese aura, fría y maligna. Se estremeció al pensar en lo que él sabía que estaba ocurriendo en ese momento.

—No puedo seguir así —musitó abatido—. Este horror debe ser detenido, sea como sea. De otro modo...

James Carthew, Presidente del Gobierno de la Tierra, que había liderado a toda la humanidad desde la última Guerra Mundial, no era un hombre de edad avanzada. En aquellos días, se consideraba que cincuenta años eran casi el comienzo de la vida. Pero la apabullante responsabilidad de guiar el destino de toda la humanidad había envejecido a este hombre antes de tiempo.

Sus cabellos canos comenzaban a aclararse en la parte superior de su alta frente. Su rostro apuesto y con carácter mostraba ya profundas arrugas de preocupación, y sus ojos oscuros estaban velados por un ansioso malestar y por un miedo creciente.

Al abrirse la puerta de su oficina, sus manos aferraron con fuerza los bordes de su escritorio.

North Bonnel, su joven y delgado secretario de pelo oscuro entró en la habitación.

—Acaba de aterrizar la nave de línea de Júpiter, señor —informó—. Me lo acaban de comunicar los del espacio-puerto.

—¡Gracias al cielo! —Musitó Carthew—. Sperling debería llegar aquí en cuestión de cinco minutos. Sabe que estaré esperando su informe.

Bonnel dudó.

—Espero que haya llegado al fondo de este misterio. Los ciudadanos del Comité Especial de Júpiter han vuelto a llamar esta misma tarde por la telepantalla.

—Lo sé... Llamaban para protestar una vez más por las condiciones de Júpiter —dijo Carthew con amargura—. Cada uno de ellos intenta gritar sus quejas más alto que los demás.

—La verdad es que no puede usted culparles, señor —se aventuró a decir el joven secretario—. Las cosas están adquiriendo un cariz horrible, allí en Júpiter, con ese horror espantoso que está teniendo lugar.

—Sperling habrá encontrado la causa que lo ha provocado —aseguró el Presidente con confianza. Miró el perpetuo reloj de uranio de su escritorio—. Debería de llegar aquí en cualquier momento...

Fue interrumpido por un grito. Un alarido acababa de sonar en alguna parte de los niveles inferiores de la gran Torre del Gobierno. Era un grito de mujer.

Había una gran cantidad de empleadas en los Cuarteles Generales del Gobierno, tanto en la Tierra como en el resto de las colonias planetarias. Algunas de ellas permanecían en el interior del edificio incluso de noche. Pero ¿qué habría podido asustar de ese modo a una de ellas para lanzar ese grito agónico y aterrado?

James Carthew se puso en pie detrás del escritorio, mientras su envejecido rostro se llenaba de aprensión. Violentamente, el secretario empezó a decir:

—¡Algo va mal, señor! Será mejor que mire...

Se dirigió hacia la puerta, que, de repente, se abrió desde el exterior.

El joven Bonnel retrocedió aterrado.

—¡Dios mio! —Exclamó.

En el umbral de la puerta apareció una figura increíble y espantosa, una monstruosidad salida de una pesadilla.

Se trataba de un gigantesco simio jorobado, peludo y aberrante. Su enorme figura lucía el atuendo de un ser humano, de seda sintética blanca. Ataviado con aquel traje, demasiado ajustado, aquella criatura parecía una grotesca parodia de un hombre, y su rostro, velludo y embrutecido, parecía una máscara bestial, en la que sus enormes mandíbulas se abrían para revelar unos colmillos colosales. Sus ojos ardían con un brillo gélido, mientras comenzaba a avanzar por la estancia.

—¡Cuidado! —Aulló Bonnel frenético.

Un aterrado guardia, con el uniforme oscuro de la Policía Planetaria, apareció en la puerta. Rápidamente, apuntó su arma contra el monstruoso simio.

—¡Espere... No dispare! —Gritó de repente James Carthew, mientras miraba el velludo rostro del simio.

Su advertencia fue tardía. El guardia no había visto nada, excepto a una criatura terrible y amenazadora que avanzaba hacia el Presidente. Apretó el gatillo.

El pequeño resplandor de la pistola alcanzó el amplio pecho del simio. El bestial rostro de la criatura se contorsionó en una mueca de agonía. Con un profundo gruñido, casi humano, se desplomó.

James Carthew, con un grito de horror, saltó hacia delante. Su cara estaba blanca como el papel. Se arrodilló junto a la criatura.

Los ojos del simio, unos ojos extraños y azules, mostraron una luz agonizante mientras miraban al Presidente. La criatura se esforzó por hablar.

La primitiva garganta de la criatura emitió un áspero balbuceo... palabras agónicas, distorsionadas por un brutal gruñido, pero aún así, vagamente reconocibles.

—Júpiter... El Emperador del Espacio... Causa la regresión... —dijo roncamente aquella cosa, con voz de moribundo.

Intentó levantar la cabeza, mientras sus ojos azules, extrañamente humanos, parecían fijarse en el Presidente.

—Cuidado con...

Y entonces, mientras se esforzaba por articular otra palabra, la vida le abandonó, y la criatura se quedó lacia.

—¡Muerto! —Exclamó Carthew, temblando violentamente.

—¡Dios mio! ¡Pero si hablaba y todo! —Gritó el guardia, con la tez pálida—. Ese mono... ¡Hablabla!

—¡No era un mono, sino un hombre! —Respondió ásperamente James Carthew.

Se puso en pie. La oficina se estaba llenando de guardas y oficiales que habían oído la alarma.

—Todos ustedes... salgan de aquí —susurró Carthew mientras hacía un gesto con su mano temblorosa.

Horrorizados, mirando aún el monstruoso y velludo cuerpo que yacía tirado en el suelo, dejaron a solas al presidente y su secretario con el macabro cadáver.

—Buen Dios... esos ojos azules... ¡Podría tratarse de Sperling! —Exclamó el tembloroso secretario.

—Pues sí, es Sterling —dijo suavemente James Carthew—. Le reconocí por sus ojos, pero ya era demasiado tarde. John Sperling, nuestro mejor agente... ¡Transformado en esta bestia, que ahora yace muerta en el suelo!

—Usted le envió para que investigara el Horror de Júpiter... ¡Y el pobre cayó presa de ese mismo horror! —Exclamó Bonnel roncamente—. Se transformó, como tantos otros, de hombre a bestia. ¡Y aún así, fue lo bastante hombre como para intentar darle su informe!

El joven secretario miró con vehemencia a su jefe.

—Pero ¿qué está causando esta oleada de transformaciones monstruosas en Júpiter? En el último mes se han registrado cientos de casos... ¡Cientos de hombres transformándose en bestias simiescas!

—Sea lo que sea, no es sólo problema de Júpiter —susurró Carthew, lleno de ansiedad—. Supón que esta extraña plaga se extiende hacia los demás planetas... o a la Tierra...

Bonnel se estremeció ante lo horrible de aquella posibilidad.

—¡Buen Dios! ¡Eso no debe ocurrir!

El Presidente bajó la mirada hacia el velludo cadáver que, unas pocas semanas antes, había sido el hombre más brillante de entre todos los agentes secretos de la Policía Planetaria.

—Sperling debe de haber escrito un informe —murmuró Carthew—. Se supone que los agentes secretos no suelen hacerlo, pero...

Rápidamente, el joven secretario registró las ropas de la criatura. Emitió una ligera exclamación al encontrar una hoja de papel.

Estaba cubierta con una escritura tosca, casi ilegible, como los garabatos de un niño. En el encabezamiento se leía: «Para el Presidente». Carthew la leyó en voz alta:

*—La nave está ya a sólo un día de la Tierra, pero siento que me transformo con tanta rapidez, que temo que, para entonces, no sea capaz de pensar o de hablar con claridad. Hace unos días, en Júpiter, fui atacado por esta extraña regresión. De modo que intento regresar a la Tierra, para informar de lo que he descubierto, antes de volverme totalmente inhumano.*

*He descubierto que el brote de Júpiter ha sido provocado por un ser misterioso, conocido como El Emperador del Espacio. Aunque no sé si es terrícola o joviano. Tampoco sé cómo causa las regresiones, pero son producto de alguna extraña fuerza, que emplea contra los terrícolas de aquí. Yo*

*mismo no la sentí, hasta que, de repente, empecé a cambiar. Mi mente se fue nublando, y me volví más bestial.*

*Ya no podré escribir mucho más... es difícil sujetar el lápiz... no me he atrevido a salir de mi camarote. Mi cambio es tan increíble... la mente se me nubla... Ojalá hubiera podido descubrir algo más...*

Mientras James Carthew terminaba la lectura, los ojos del joven secretario mostraron horror y compasión.

—¡De modo que Sperling no logró descubrir gran cosa, excepto que estas horribles transformaciones son causadas por algún agente humano! —Exclamó—. Me lo estoy imaginando, encerrado en su camarote, volviéndose más bestial a cada día, y aún así, rogando para regresar a la Tierra mientras aún fuera humano...

—¡Ahora no tenemos tiempo para compadecernos de Sperling! —Zanjó Carthew en voz alta—. En quienes tenemos que pensar es en la gente de Júpiter, y en la de los otros planetas... ¡Y en evitarles este horror!

James Carthew sentía en ese momento el terrible peso de la responsabilidad. Los nueve planetas, desde Mercurio hasta Plutón, le habían sido confiados para que cuidara de su bienestar. Y ahora sentía aproximarse aquel peligro, misterioso y amenazador, un horror oscuro y desconocido, que se extendía como un veneno lento.

Los primeros informes de aquel brote le habían llegado de Júpiter hacía varias semanas. Aquel era más colosal de todos los planetas, con vastas junglas y grandes océanos, una gran parte de los cuales continuaban totalmente inexplorados. No obstante, había allí asentada una considerable colonia terrícola. Alrededor de la capital, Jovópolis, se extendían docenas de pequeñas ciudades terrícolas, dedicadas a la extracción de mineral, y a la recolección de sus grandes plantaciones de grano.

El primer informe, casi increíble, había venido de una de esas ciudades coloniales cerca de Jovópolis. ¡Los terrícolas... se estaban convirtiendo en bestias! Inexplicablemen-



te, los terrestres se estaban transformando en animales parecidos al simio, y sus cuerpos y mentes se embrutecían más y más a cada día que pasaba. ¡Un espantoso retroceso en el camino de la evolución humana! Las víctimas sufrían una regresión... un retroceso biológico apartado de la evolución.

Carthew no había dado demasiado crédito a aquellos primeros informes. Pero, poco después, habían sido ampliamente corroborados. Casi un centenar de terrícolas habían sido afectados por aquel cambio espantoso. Los colonos estaban empezando a ser presas del pánico.

Carthew había enviado científicos, hombres hábiles en medicina planetaria, para que combatieran aquella horrible plaga. Pero habían sido incapaces de frenar los casos de regresión, o de averiguar su causa. Y tampoco habían tenido éxito los agentes secretos de la Policía Planetaria. No habían sido capaces de averiguar nada. Incluso Sperling, el mejor de todos los agentes, había sido capaz de averiguar bien poco, a pesar de su sacrificio.

—Tenemos que hacer algo al momento para detener este brote —declaró Carthew, casi hundido—. Al menos, ahora sabemos que estos casos de regresión están siendo deliberadamente provocados por un ser al que Sperling denominó El Emperador del Espacio.

—Pero si Sperling, nuestro mejor agente, no tuvo éxito. ¿Quién sería capaz de ayudarnos? —Exclamó Bonnel.

James Carthew se acercó hacia la ventana y salió hasta el pequeño balcón. Miró hacia arriba a la Luna llena, que recorría los cielos de Nueva York con majestuoso esplendor.

Había una mirada de desesperación en el ajado rostro del Presidente, mientras miraba la resplandeciente cara blanca del solitario satélite.

—Ya sólo hay una cosa que podamos hacer —dijo con parsimonia—. Voy a llamar al Capitán Futuro.

El secretario se estremeció.

—¿Al Capitán Futuro? ¡Pero si le llama, el mundo entero sabrá que esta es una emergencia peligrosa!

—¡Pero es que ES una emergencia peligrosa! —Exclamó su superior—. Debemos llamarle. Comuníquese con la patrulla meteorológica de Spitzbergen. Ordéneles que lancen la señal de magnesio sobre el Polo Norte.

—Muy bien, señor —accedió el secretario, y salió, para dirigirse a la telepantalla.

Un poco después, regresó a la balconada, desde la que James Carthew miraba la Luna con ansiedad.

—La bengala debe estar siendo lanzada en estos instantes —informó.

Entonces, esperaron envueltos en un tenso silencio. Pasó una hora... y otra... El reloj de uranio mostraba que pasaba ya de la medianoche.

A una distancia enorme de las torres de Nueva York, la Luna comenzaba a aproximarse a su cenit. Podía observarse las distantes llamaradas de las naves comerciales, que despegaban rumbo a Venus, Saturno o Plutón.

—¿Por qué no viene el Capitán Futuro? —Estalló por fin North Bonnel, incapaz de continuar en silencio—. Esa nave suya puede viajar de la Luna a la Tierra en sólo un par de horas... a estas alturas ya debería estar aquí.

James Carthew levantó su encanecida cabeza.

—Ya vendrá. Hasta ahora, jamás ha fallado en acudir a una de nuestras llamadas.

—Para serle sincero, ya estoy aquí, señor —dijo una voz, profunda pero risueña.

Venía del balcón, al otro lado de la ventana. Un joven pelirrojo, de gran estatura, había aparecido allí de repente, como por arte de magia.

—¡Curt Newton... el Capitán Futuro! —Exclamó con vehemencia el Presidente.

Curt Newton era un joven alto y bien formado. Su mata rebelde de cabello pelirrojo se alzaba a un metro ochenta por encima del suelo, y sus anchos hombros amenazaban

con reventar las costuras de su mono gris de seda sintética. Llevaba un cinturón de tungstita, que sujetaba una pistola de extraño aspecto. En su mano izquierda lucía un gran anillo.

El apuesto y bronceado rostro del joven mostraba marcas de buen humor en las comisuras de los labios y en los ojos. Y, a pesar de dicho humor, en sus ojos grises acechaba algo profundo y terrible, una especie de determinación oculta y sobrecogedora.

—¡Capitán Futuro! —Repitió James Carthew—. ¿Pero dónde está tu nave, «El Cometa»?

—Está colgando de la pared exterior, mediante el ancla magnética —respondió Curt Newton de buen humor—. Ahora vendrán mis camaradas.

Una forma extraña acababa de saltar al balcón. Se trataba de una figura humanoide, pero su cuerpo tenía un aspecto gomoso, como si careciera de huesos y su color era blanco. Vestía un arnés metálico, y sus grandes ojos, verdes y rasgados, brillaban desde un rostro de un blanco alienígena.

Tras aquel gomoso androide, u hombre sintético, apareció otra figura igualmente extraña... un gran robot de metal que caminaba sobre el suelo del balcón sobre unos pies rematados con caucho. Medía más de dos metros diez de alto. En su bulbosa cabeza de metal brillaban un par de ojos fotoeléctricos.

El robot llevaba algo en la mano izquierda: una caja cuadrada y transparente, que albergaba en su interior a un cerebro vivo. En la parte delantera de la caja aparecían dos ojos lenticulares: los ojos del Cerebro. Incluso ahora, los ojos se movían sobre sendos tubos flexibles de metal, escrutando al Presidente.

—Ya conoce a mis ayudantes —dijo Curt Newton brevemente—. Grag el robot, Otho el androide y Simon Wright, el Cerebro viviente. Nada más ver su señal, nos pusimos en

camino desde la Luna, a máxima velocidad. ¿Cuál es el problema?

—Necesitamos su ayuda, Capitán Futuro... desesperadamente —dijo James Carthew con ansiedad—. Debe usted partir al momento para Júpiter.

—¿Júpiter? —El apuesto joven frunció el ceño—. ¿Ha ocurrido algo por allí?

—¡Se ha desencadenado un horror sin precedentes! —Exclamó el Presidente—. Un horror espantoso que debe detenerse de inmediato. Escuche...



*Capitán Futuro... El Mago de la Ciencia*

## CAPÍTULO II

### Desde el pasado

El nombre del Capitán Futuro, el enemigo supremo del mal y los malhechores, era conocido para todos los habitantes del Sistema Solar.

Aquel joven aventurero, pelirrojo, alto y saludable, de risa fácil y puños de acero, era la némesis implacable de todos los opresores y explotadores que habían entre los humanos y las demás razas del Sistema. Combinando una alegre audacia con una férrea decisión y con un dominio de la ciencia sin parangón, había trazado una brillante senda alrededor de los Nueve planetas en su lucha por la justicia.

Él y sus tres compañeros inhumanos, el Cerebro viviente, el robot de metal y el hombre sintético, eran la comidilla de todo el Sistema. Todo el mundo sabía que el hogar del mago de la ciencia estaba en algún oscuro cráter, en la desolada Luna. Por la noche, la gente miraba al orbe lunar, y se sentían más seguros, sabiendo que el Capitán Futuro estaba allí, listo y alerta. Sabían que si alguna catástrofe siniestra amenazaba al Sistema, él no dudaría en combatirla.

Pero ¿quién era el Capitán Futuro? ¿Cuál había sido el origen de su trío de camaradas inhumanos? ¿Y cómo había adquirido sus conocimientos súper científicos?

Esa era una historia que sólo conocía el Presidente. Y, quizás, era la historia más extraña de todo el Sistema Solar.

Veinticinco años antes, un joven biólogo de la Tierra, llamado Roger Newton, había acariciado un gran sueño. Su sueño era crear vida... vida artificial... criaturas vivas e inte-

ligentes que fueran capaces de pensar y trabajar para servir a la humanidad. Había realizado ya grandes avances para llegar a su meta, y se sentía al borde del éxito.

Pero cierto político sin escrúpulos con ambiciones siniestras, había oído hablar de los cruciales descubrimientos de Roger Newton, y realizó varios intentos temerarios para conseguirlos. Si tales secretos hubieran llegado a unas manos como las suyas, la humanidad entera habría estado en peligro. De manera que Newton decidió buscar un refugio seguro en el que poder trabajar en secreto.

Una noche de junio de 1990, el joven biólogo comunicó sus decisiones a sus únicos seres queridos: su joven esposa Elaine y su leal socio Simon Wright.

Paseando intranquilo por su atestado laboratorio en el interior de una granja abandonada, con el cabello rojo en desorden y su rostro juvenil mostrando una mirada de preocupación, Roger Newton les dijo:

—Los agentes de Victor Corvo nos encontrarán aquí, tarde o temprano —aseguró—. ¡Pensad en mis descubrimientos en manos de Corvo! Debemos irnos de la Tierra... debemos ir a un lugar en el que no nos encuentre jamás.

—Pero ¿a dónde podríamos ir, Roger? —Preguntó ansiosamente Elaine Newton, con una mirada de preocupación, mientras le apretaba el brazo con una de sus pequeñas manos.

—Sí, ¿a dónde podríamos ir? —Coreó Simon Wright con su voz metálica e inhumana—. ¿A uno de los planetas colonizados?

—No. Los agentes de Corvo nos encontrarían tarde o temprano en cualquiera de los planetas colonizados —replicó Newton.

—Entonces, ¿dónde está ese refugio del que hablas, si no está en la Tierra ni en ninguno de los Planetas colonizados? —Inquirió Simon Wright mientras sus ojos artificiales miraban expectantes el rostro de Newton.

Simon Wright no era un hombre. Antaño lo había sido. Había sido un científico muy famoso y muy anciano, cuyo cuerpo sufría la lacra de una enfermedad incurable. Para salvar de la muerte a aquella mente tan brillante, Newton accedió a las súplicas del anciano, y había extraído el cerebro viviente de Wright fuera de su cuerpo, trasplantándolo a un tanque lleno de suero en el que podría vivir indefinidamente.

La caja de suero se hallaba ahora en una mesa, junto a Newton y su esposa. Era una caja de metal transparente, cuyas aristas medían unos cuarenta centímetros. Estaba confeccionada con una aleación secreta, se hallaba protegida contra los impactos, el calor y el frío, y contenía una diminuta batería que podía hacer funcionar una compacta bomba de fusión y un purificador de suero durante un año entero.

A los costados de la caja se encontraban los micrófonos que servía de orejas a Simon Wright. En la parte frontal se hallaba el altavoz con el que hablaba, así como sus ojos artificiales, que consistían en unas lentes montadas sobre unos tubos de metal flexible y retráctil, que le permitían moverlos a voluntad. En aquella caja vivía el más grande cerebro de toda la historia de la ciencia.

—¿Dónde podríamos encontrar refugio si no es en la Tierra ni en ninguno de los planetas? —Repitió Wright con su voz áspera y metálica.

Newton se acercó a la ventana y describió la cortina. En el exterior se alzaban las montañas, inmóviles y bañadas en luz plateada por los rayos de la luna llena, que se alzaba en gloriosa majestad.

El disco blanquecino del gran satélite iluminaba las llanuras y las pétreas montañas, brillando vívido en medio del firmamento. Newton lo señaló, mientras la joven y el Cerebro observaban maravillados.

—Allí está nuestro refugio —dijo Roger Newton—. Allí arriba, en la Luna.